

Carta a un amigo fraterno: Roberto Cervantes Delgado¹

Agripina García Díaz**
Silvia Ortiz Echániz***

Roberto:

Venimos a tu natal Chilpancingo a decirte un hasta luego, ya que tu repentina muerte nos sorprendió y llenó de dolor al no poder acompañarte, pero aquí estamos para recordarte.

Larga fue la trayectoria de una amistad que se inició en 1959 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en las calles de Moneda, donde tú Roberto Cervantes Delgado, junto a Noemí Quezada, Agripina García Díaz, Silvia Ortiz Echániz, Mercedes Gutiérrez Nájera, Elio Alcalá, Marcela de Neymet, Eduardo Matos Moctezuma, Marcia Castro Leal, Jesús Montoya, Rosalinda Monzón, Luz Ma. Martínez, Beatriz Bueno, Ma. Eugenia Márquez, Magalli Miró, América Martínez, Julia Calama, Ida Isora Aguilera, Aníbal Pastor, Cruz Manuel Pinto, Otto Schumann y algunos otros nos aventuramos en los estudios y prácticas antropológicas. Muchos son los recuerdos de ese tiempo que tenemos en la memoria, pero los más perdurables son nuestras primeras prácticas de campo que se realizaron en enero y febrero de 1962 dirigidas por el maestro Ricardo Pozas Arciniega y su ayudante el joven antropólogo Guillermo Bonfil Batalla. En esa ocasión tales prácticas se realizaron en la Costa Chica de Guerrero en donde debíamos observar las relaciones interétnicas entre los indígenas *amuzgos*, negros y mestizos pobladores de las comunidades de Xochistlahuaca, Cuajinicuilapa, el Pitayo, la colonia Miguel Alemán e Igualapa, teniendo como centro rector a Ometepec, cabecera municipal y en donde estuvimos a punto de ser linchados por parte de un grupo de habitantes, quienes azuzados por los sacerdotes y ganaderos locales nos acusaban de “comunistas”. Todo ello se inició en parte, por la manufactura de un machete tradicional mandado a hacer por el maestro Pozas a un artesano local, cuya hoja metálica decía: “Este machete fue forjado con amor y esmero en Ometepec, Guerrero que queda a la orilla del mar, para la China Popular”.

La crisis de este acontecimiento quedó plasmada en las palabras de Guillermo Bonfil Batalla en su diario de campo:

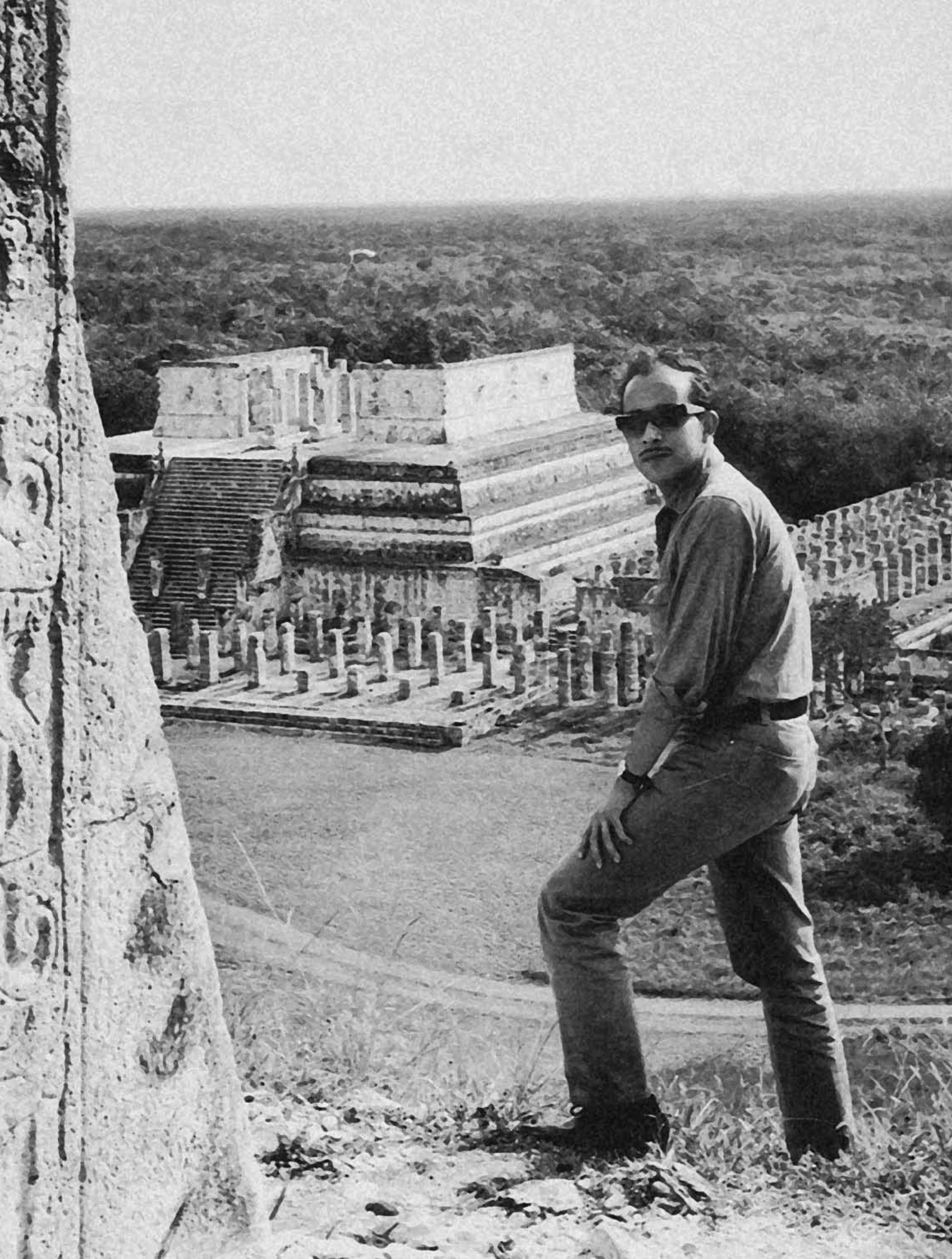
El domingo comenzó a llegar gente desde muy temprano. En el hotel nos daban noticias: vienen con palos y machetes. Traen cuerdas para colgarlos. Vino el cura de Igualapa con su gente. Se están juntando en la plaza...

El Dr. Rico estuvo con nosotros. La gente del hotel, temerosa, desapareció. Comenzamos a oír los gritos, cada vez más y más fuertes, no había nada que hacer ahí. Ya casi con la gente encima nos fuimos

¹ Invierno 2004.

** Museo Nacional de las Culturas, INAH.

*** Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.



Roberto Cervantes en Chichén Itzá **Fotografía** © Familia Cervantes

a pedir protección al piquete de soldados... La gente nos siguió, con hachones, piedras y palos. El sargento y sus soldados tenían más miedo –si fuera posible– que nosotros mismos. Tuvieron que estar afuera, con cartucho cortado, enfrentando a una multitud vociferante encabezada por tres curas fanáticos y ebrios.

Es difícil recordar un miedo así ¿Qué se siente, a fin de cuentas? Impotencia es un componente básico. Arrepentimiento, no de las culpas o los pecados sino de no haber hecho algo para evitar esto. Quizá también alguna imagen fúnebre del porvenir: una visión del entierro, de los amigos consternados que lo recuerdan a uno. Algo de heroísmo barato. Y una tensión de todo el cuerpo, insoportable. Lo inminente que se prolonga horas tras hora. Toda la noche hubo gente gritando y arrojando piedras. Duelen esos gritos. Ya de madrugada la cosa se calmó, pero nadie pudo dormir. No sé de qué hablábamos, ni siquiera si hablábamos...

Al día siguiente, como a las diez, avisaron que había llegado el avión que nos llevaría a Acapulco. Salimos como cuerda de presos, con soldados franqueándonos. La gente nos veía desde las ventanas, algunos con burla, otros con odio; también miradas de compasión y pena. En el campo de aterrizaje, aparte de los soldados, solo Crispín (el médico) que quedaba como la imagen del amigo solitario. Nosotros nos íbamos, a fin de cuentas. El seguía allí, solo, cargando con la hostilidad insidiosa de los curas; las paredes de su casa llenas de insultos y amenazas. Al despegar el avión volvimos a respirar fuerte...²

Después de este hecho tan deplorable logramos salir con vida de Ometepec, gracias a que el General Comandante del Sector Militar tenía conocimiento de nuestro trabajo de campo a través de una carta personal que un familiar mío, con alto grado militar, le envió y en donde le solicitaba su apoyo y protección para nuestra tarea. Este documento lo entregué desde el día de nuestra llegada. De esta forma estuvimos a salvo el maestro Pozas, Guillermo Bonfil, y los estudiantes Noemí Quezada, Roberto Cervantes, Mercedes Gutiérrez Nájera, Elio Alcalá, Cruz Manuel Pinto, Eugenia María Aguirre, Jorge Paulat y yo.

Cuando se vive una experiencia tan intensa se tejen lazos perdurables que permanecen para siempre. Este suceso, anterior al lamentable episodio de San Miguel Canoa, conmocionó a la Escuela de Antropología, rea-

lizándose asambleas de la Sociedad de Alumnos para confrontar los hechos.

Por tus continuas pláticas nos enteramos que la segunda práctica de campo la realizaste en la región tarasca en el año de 1963, también dirigida por el antropólogo Bonfil sobre las Relaciones Interétnicas entre los pueblos alrededor del Lago de Pátzcuaro: en Uricho tú, Roberto y el compañero N. Sepúlveda, en la Isla La Pacanda el salvadoreño José Antonio Aparicio y América Martínez, en Jarácuaro Elio Alcalá y en Santa Cruz Manuel Pinto. Innumerables anécdotas que nos narrabas con mucho entusiasmo, nos enteraron de las costumbres y tradiciones que observaron.

Para el año de 1965, ¿te acuerdas Roberto?, se inicia el Proyecto Cholula con el estudio de las "Relaciones Interétnicas en el Valle Poblano-Tlaxcalteca" en el que participaron investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia de diferentes disciplinas; arqueólogos, etnólogos, antropólogos sociales y físicos, etnohistoriadores, lingüistas, demógrafos, geógrafos y arquitectos, en un magno proyecto auspiciado por el gobierno del estado de Puebla y en el que participaban también la Universidad Nacional Autónoma de México y la Fundación Alemana para la Investigación Científica.

Recuerda que para dicha investigación en la ciudad de San Pedro Cholula se desempeñó como responsable nuestro maestro el antropólogo Bonfil y nos contrataron como ayudantes a ti Roberto, a Agripina García Díaz, a la estudiante Blanca Sánchez Jiménez y a mí. La estadia en esa ciudad conviviendo durante varios meses en los años 1965-'66 y '67 hizo que se consolidara una amistad cordial, fraterna e intensa que perdura hasta hoy en día. En Cholula pudimos apreciar de nuevo el valor de la solidaridad y el compañerismo para desarrollar nuestras investigaciones, como lo demuestra el Diario de Campo colectivo que realizamos y de donde se pudieron estructurar nuestras tesis para recibimos como antropólogos.

Tu sensibilidad para la fotografía etnográfica nos abrió las puertas con la comunidad cholulteca que visitaba la casa del proyecto y que podían identificarse en las imágenes por ti tomadas, colocadas en el periódico mural que se elaboraba.

La ritualidad de las mayordomías en los 10 barrios indígenas de Cholula nos mantuvo ocupados, interesados y divertidos la mayor parte de los días, al mismo tiempo que compartíamos, observábamos la dinámica social de las relaciones interétnicas, tradiciones y cos-

² *Obras escogidas de Guillermo Bonfil. Obra inédita. Selección y recopilación de Lina Odena Güemes, Tomo 4, páginas 548-549, INI, INAH, DGPC, CONACULTA, CIESAS, SRA.*



Roberto Cervantes en París **Fotografía** © Familia Cervantes

tumbres diferenciadas entre las gentes de los barrios y las del centro de la ciudad. Para recabar todo el ciclo ritual anual permanecimos hasta los días de fiesta, sábados y domingos logrando establecer, con la comunidad chochulteca de los barrios, una gran confianza e incluso establecer lazos de amistad perdurable y de compañerismo con varias familias; entre ellas los Percino, los Panécatl, Don Pedro Tototzintle, Don Catarino Chantes, los Toxqui, los Jiménez, los Minnuti entre muchos más.

Desde la cima de la pirámide contemplábamos los barrios y por las “enramadas” de sus iglesias y los cohetones, sabíamos dónde iba a tener lugar la siguiente Mayordomía, y bromeando nos decías que ibas a revisar “nuestros latifundios”, es decir, nuestro campo de observación.

Acuérdate Roberto que en nuestra intensa camaradería bautizaste a todos con sobrenombres graciosos: a Guillermo nuestro jefe lo nombrabas “el Gran Batus” porque un campesino llegó a la casa del proyecto pa-

ra entrevistarlo y preguntó “y aquí, ¿quién es el más batuta?”, que en la metáfora cholulteca designara al director de la banda de música. A Agripina la llamabas la “Lady Tiáchica” porque acostumbraba a tomar un té a media tarde, después de los innumerables moles y la “copa fina” (Madero cinco X) de las mayordomías en las que los “Tiáchicas” eran los mayordomos con más prestigio porque ya habían cumplido con su barrio en todos los cargos. Y a mí desde entonces me decías la *Topils* y yo te contestaba con el mismo nombre de *Topile*, por ser nosotros dos los más jóvenes y tener el cargo de ayudantes.

En el trabajo de campo enfrentábamos dificultades, problemas y experiencias nuevas que sorteábamos con la alegría y la sorpresa del encuentro con esa realidad como en la Feria Anual, cuando asistíamos a los palenques ilegales, pero del conocimiento público, donde los charros poblanos apostaban miles de pesos a un gallo giro.

¡Cómo sufrimos al saber de la muerte de Pascuala Panécatl!, niña inocente de catorce años del Barrio ladrillero de San Matías Cocoyotla, que murió de tuberculosis por la miseria en que vivían y, sin embargo, su familia había gastado miles de pesos para realizar la mayordomía, con el esplendor y el prestigio acostumbrados.

Roberto, ¿recuerdas los primeros rituales de curación que observamos con Doña Lucila Tlacuilo? ¿y los velorios de juguete para despedir a los angelitos cholultecas con cantos, juegos y risas que tanto nos asombraban?

Hasta aquí hemos llegado al Chilpancingo que tanto amabas, para seguir recordándote siempre, ligado a los mejores recuerdos de nuestra vida estudiantil en los momentos de mayor alegría y juventud. HASTA SIEMPRE querido amigo.



Fotografía © Familia Cervantes